

## Civilización del Islam

# Islamología (I)

Por: Ricardo H. S. Elía

«Si esto es el Islam, ¿no somos todos musulmanes?».

Johann Wolfgang Goethe

En la Edad Media, en un contexto de enfrentamientos militares y de polémica religiosa como resultado de las invasiones cruzadas, y los contactos con la España y la Sicilia musulmanas permitieron a los europeos acceder al conocimiento de una civilización que en muchos aspectos materiales, culturales y espirituales era superior a la suya. La transmisión de la herencia científica de la Antigüedad efectuada por los musulmanes y los propios avances intelectuales del mundo islámico fueron igualmente conocidos desde finales del siglo XI, principalmente a través de España.

Un esfuerzo de conocimiento del Islam como religión se manifestó en Europa desde el siglo XII. «*La prueba de ello la tenemos en Pedro de Alfonso, judío español bautizado en Huesca en 1106 y convertido en médico del rey Enrique I de Inglaterra (y muerto en 1110); traductor de obras de astronomía, pero también redactor de la primera obra que contenía datos de algún valor objetivo sobre Mahoma y el Islam*» (Maxime Rodinson: **La fascinación del Islam**, Júcar, Madrid, 1989, p. 32).

### *Los primeros traductores*

Los primeros estudios fueron llevados a cabo en Cataluña por Gerbert d'Aurillac (938-1003), convertido en Papa bajo el nombre de Silvestre II en 999. En los siglos XII-XIII se potenció aún más la transmisión a Europa de la ciencia y la filosofía musulmanas que se desarrollaban en Oriente y en la misma al-Ándalus, junto con los conocimientos científicos y filosóficos de la Antigüedad, que habían sido revalorizados por los pensadores del Islam. Esta corriente transmisora fue alimentada por las traducciones de textos árabes al latín que efectuó la escuela de traductores de Toledo. Dicha escuela, hasta 1152, reunió a sabios musulmanes, judíos y cristianos bajo los auspicios del arzobispo Raimundo de Sauvetat, y alcanzó su apogeo con el monarca Alfonso X el Sabio, que reinó desde 1252 a 1284 (cfr. Francisco Márquez Villanueva: **Concepto cultural alfonsí**, Mapfre, Madrid, 1992).

Pedro el Venerable (1094-1156), abad de Cluny, encargó en 1143 al inglés Roberto de Ketton o «el Ketenense» (también llamado Roberto de Chester o Robertus Castrensis) una traducción del Corán (la primera al latín) que proporcionó la base para otras traducciones europeas hasta el siglo XVII. Esto se

produjo casi medio siglo después de declararse la Primera Cruzada contra el Islam. No se ha logrado establecer si «Petrus Venerabilis» tenía el objetivo de poder así «refutar el Corán», o si usó este argumento como pretexto, para protegerse. Lo cierto es que intentó transformar las Cruzadas en una tarea misionera y no violenta. Pero no menos cierto es que el traductor, Roberto de Ketton, era «constantemente obligado a intensificar o exagerar un texto inofensivo para darle un tono desagradable o licencioso o a proferir una interpretación inverosímil pero molesta antes que una más adecuada pero también más normal y decente» (Normal Daniel: **Islam and the West, the Making of an Image**, Edinburgh University Press, Edinburgo, 1960). El Doctor de la Iglesia Bernard de Clairvaux (1091-1153) –el impulsor de la Segunda Cruzada– se negó incluso a leer esta traducción (cuyo manuscrito se encuentra actualmente en la Bibliothèque de l’Arsenal, en París). Cuatrocientos años más tarde, en 1542/43, Theodor Buckmann, latinizado Bibliander (1504-1564), teólogo y sucesor del reformista suizo Huldrych Zwingli (1484-1531) –el autor de la obra *De vera et falsa religione* (1525), reeditó en Basilea la traducción de Pedro el Venerable. Fue consecuentemente arrestado y sólo pudo recuperar su libertad mediante la intercesión personal de Martin Lutero (1483-1546), quien por cierto escribió el prefacio a la cuarta edición que apareció en Zurich en 1550. Esta primera versión latina fue volcada al italiano por Andrea Arrivabene, en 1547; la versión italiana vertida al alemán (Solomon Schweigger, 1616 y 1623, y ésta fue la base para la versión al holandés (anónimo, 1641). La primera versión francesa es de André du Ryer, que fue retraducida al inglés por Alexander Ross (1649-88, la primera edición del Corán en inglés), al holandés (Glazemaker), al alemán (Lange) y al ruso (Postnikov y Veryovkin). Sin embargo, estas traducciones eran parciales y bastante defectuosas. «Habrá que esperar al siglo XIX para que la traducción del original árabe sea la normal, y al XX para encontrar traducciones hechas por musulmanes a idiomas europeos» (cfr. Abdu Rashid Solare: **Traducir el Corán**, Buenos Aires, 1997, artículo inédito).

Gerardo de Cremona (1114-1187) fue a Toledo en busca de manuscritos islámicos para traducirlos y añadirlos al tesoro filosófico occidental.

*«Estos préstamos literarios no son de extrañar, ya que Europa atravesó un período de intenso contacto intelectual con el Islam después del fracaso de las Cruzadas. La espiritualidad europea cambia de táctica política y se lanza entonces, por usar las palabras de José Muñoz Sendino, al “nuevo intento de conquistar el Islam a base de conocerlo”. Pero esta inteligente labor evangelizadora, que impulsa en buena medida las traducciones en masa de los libros de religión y sabiduría musulmana y la fundación de enclaves en tierra de sarracenos para aprender mejor el árabe, tiene un resultado secundario, probablemente inesperado: la “islamización” de Europa. (Dicho claro está en un sentido muy amplio). La intelligentsia cristiana europea -aún la más militante- no se puede sustraer a la poderosa influencia intelectual del Islam, que admira en más de un sentido»* (Luce López-Baralt: **San Juan de la Cruz y el Islam**, Hiperión, Madrid, 1985, p. 13).

### **Federico II de Sicilia**

El emperador de Sicilia Federico II Hohenstaufen (1194-1250) hablaba seis

idiomas, entre ellos el árabe, y había estudiado el Corán así como numerosos tratados de sabios musulmanes. Por sus simpatías hacia el Islam fue excomulgado tres veces (1227, 1239 y 1245) por los pontífices Gregorio IX e Inocencio IV bajo los cargos de «islamófilo y arabizante».

En 1224 fundó la Universidad de Nápoles. Hizo traducir a Averroes y consultaba a los sabios musulmanes de Oriente y Occidente. «La túnica con la cual fue sepultado, estaba bordada en oro con inscripciones arábigas» (cfr. Emir Emin Arslan: **Los Arabes**, Sopena, Buenos Aires, 1943, p. 102).

Al producirse la sexta cruzada, el sultán Malik al-Kamil (g. 1218-1238), sobrino de Saladino, asombrado de hallar un monarca europeo que entendía el árabe y apreciaba la literatura, ciencia y filosofía islámicas, hizo una paz favorable con Federico, y el 18 de febrero de 1229 Jerusalem fue entregado al cuidado del emperador germánico. Este inmediatamente entró en la ciudad santa y visitó los santuarios islámicos. El cadí de Nablus que era su guía fue testigo de cómo Federico expulsó a un sacerdote cristiano que había intentado entrar en la Mezquita al-Aksa. El historiador Sibt Ibn al-Yawzi (1186-1256) en su obra "El espejo del tiempo" narra este episodio: «*Al-Kamil había ordenado al cadí de Nablus Shamsuddín que diese instrucciones a los muecines para que durante la estadía del Emperador en Jerusalem no saliesen a los alminares ni lanzasen el llamado a la plegaria en la zona sagrada. El cadí se había olvidado de advertir a los muecines, y así, el muecín Abd al-Karim subió esa noche y comenzó a recitar los versículos coránicos: "Dios no ha tenido ningún hijo ni hay otro dios junto con El. Si no, cada dios se habría atribuido lo que hubiera creado y unos habrían sido superiores a otros. ¡Gloria a Dios, que está por encima de lo que le atribuyen!" (Sura 23, aleya 91). Al otro día, el cadí llamó a Abd al-Karim y le informó sobre la orden del sultán, y así, la segunda noche éste no subió al alminar. A la mañana siguiente, el Emperador llamó al cadí y le dijo: ¡"Oh, cadí! ¿Dónde está ese hombre que ayer salió al alminar y dijo aquellas palabras?" El cadí le informó acerca de la recomendación que le había hecho el sultán. "Habéis procedido mal, oh, cadí. Mi principal objetivo en pasar la noche en Jerusalem era oír la llamada a la oración hecha por el muecín. ¿Acaso, si vosotros estuviérais junto a mí, en mi país, suspendería yo el repique de las campanas por vosotros?. Por Dios, no lo hagáis. Distribuyó luego una suma de dinero entre los agregados que se ocupan del servicio del santuario, los muecines y devotos del mismo. Sólo permaneció en Jerusalem dos noches, y regresó a Acre, por temor a los templarios, que querían darle muerte» (cfr. Nilda Guglielmi: **El Mundo Musulmán**, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 1990, p. 64-65). Véase E. Kantorowicz: **Frederick the Second**, Londres, 1931; Pierre Bouille: **La extraña cruzada de Federico II**, Plaza y Janés, Barcelona, 1970; David Abulafia: **Frederick II. A medieval emperor**, Pimlico, Londres, 1992; Horacio Cagni y otros: **Federico II Hohenstaufen y su tiempo**, Fundación Los Cedros/Grupo de Investigación Ixbilia, Editorial Struhart, Buenos Aires, 1995.*

Un contemporáneo de Federico y uno de los más célebres Minnesänger (trovadores) alemanes, Wolfram von Eschenbach (1165-1220), en su historia épica *Willehalm*, describe a los musulmanes que luchan contra los cruzados bajo el signo

de una humanidad entendida generosamente.

### *Siger de Brabante*

El filósofo belga Siger de Brabante (¿1235?-1281/84), sacerdote secular, era un hombre muy sabio. Los fragmentos subsistentes de sus obras citan a al-Kindí, al-Farabí, al-Gazalí, Avicena, Avempace, Ibn Gabirol, Averroes y Maimónides. En una serie de comentarios sobre Aristóteles y en un opúsculo de controversia llamado «Contra esos hombres famosos en filosofía, Alberto y Tomás», Siger sostenía que San Alberto Magno (1193-1280) y Santo Tomás de Aquino (1225-1274) interpretaban falsamente al filósofo griego y que Averroes lo hacía correctamente. Que Siger tenía muchos seguidores en la Universidad de París se deduce de la presentación de su candidatura al rectorado en 1271, aunque no prosperó. Nada puede probar mejor la fuerza del movimiento averroísta en París que los repetidos ataques de Etienne Tempier, obispo de la ciudad a orillas del Sena. En 1269 condenaba como herejías trece proposiciones enseñadas por ciertos profesores de la Universidad. A pesar de todo, los averroístas continuaron enseñando como si nada hubiese pasado, pues en 1277, el obispo publicó una lista de 219 proposiciones, que condenó oficialmente como herejías. Esas, según el obispo, eran doctrinas enseñadas por Siger o Boecio de Dacia o Roger Bacon, u otros profesores parisienses, incluso el mismo Santo Tomás. Las 219 comprendían las condenadas en 1269 y otras, de las que brindamos los ejemplos siguientes: «*La verdadera sabiduría es la de los filósofos (quod sapientes mundi sunt philosophi tantum) y no existe estado superior al del ejercicio de la filosofía (quod non est excellentior status quam vacare philosophiae)*» (Etienne Gilson: **La filosofía en la Edad Media**, Gredos, Madrid, 1995, p. 546). En octubre de 1277 Siger fue condenado por la Inquisición. Sus últimos días transcurrieron en Italia como preso de la curia romana. Entre 1281 y 1284 fue acuchillado en Orvieto (Umbría) por un monje «medio loco».

### *Franciscanismo e Islam*

Cuando a fines de agosto de 1219, la quinta cruzada acosaba la ciudad egipcia de Damietta, en el delta del Nilo, se produjo un memorable encuentro entre el ilustre religioso italiano San Francisco de Asís (1182-1226) y el sultán al-Kamil, quien, como ya vimos, más tarde haría la alianza con Federico II. «*Horrorizado por la furia con que los cruzados mataban a la población musulmana en la toma de Damietta, Francisco regresó a Italia enfermo y entristecido*» (P. Sabatier: **Life of St. Francis of Assisi**, Nueva York, 1909, p. 229). A partir de entonces, franciscanos y musulmanes protagonizarían una relación fructífera en intercambios de la que abundan ejemplos singulares (cfr. Maximiliano Roncaglia: **St. Francis of Assisi and the Middle East**, Franciscan Center of Oriental Studies, El Cairo, 1957).

El teólogo y filósofo inglés Alexander de Hales (1170 a 1185-1245), llamado el Doctor Irrefragabilis, entró en la orden franciscana en 1236, y fue uno de los primeros escolásticos que aceptó la influencia de la filosofía islámica. Su discípulo,

Jean de la Rochelle (m. 1245), catedrático de la Universidad de París, profundizó los estudios sobre el Islam y adoptó postulados averroístas.

El sabio inglés y sacerdote franciscano Roger Bacon (1214-1294), llamado el Doctor Mirabilis, dice: «La filosofía fue renovada principalmente por Aristóteles en lengua griega, y después por Avicena en lengua árabe».

El franciscano, Ramon Llull (1235-1316), gran conocedor de la lengua y la cultura árabes, preconizó la creación de un centro de estudios islámicos para la enseñanza de misioneros en Roma. Roger Marston, otro franciscano inglés, que estudió en París, y que fue profesor en Oxford, también aceptó la noción aviceniana de la inteligencia activa, y al igual que Bacon, la identificó con el Dios que había inspirado e iluminado el alma de San Agustín (354-430). Es en conexión con Marston y sus ideas, como el filósofo y medievalista francés Etienne Gilson (1884-1978) crea la acertada expresión de «agustinismo avicennizante» (cfr. E. Gilson: **Roger Marston: Un cas d'agustinisme avicennisant**, Arch. d'hist. doctr. et litter., París, 1933).

Un caso excepcional es el misionero franciscano Odorico da Pordenone (1265-1331), nativo del Friul. Sus travesías por países musulmanes y el Oriente son tan fabulosos como reales. Viajero incansable durante casi dieciséis años (1314-1330) y contemporáneo de Ibn Battuta (ver aparte), con quien estuvo muy cerca de encontrarse, recorrió en su itinerario de ida desde Italia, Turquía, Irán (Sultaniyya, Kashán, Yazd, Shiraz y Ormuz), India (Malabar), Sumatra, Java, Borneo y China; volviendo a través del Tibet, el Jorasán y Armenia. Su libro de viajes fue plagiado en gran parte por un aventurero de dudoso origen llamado Sir John Mandeville o Jean de Bourgogne (Saint Albans, 1300-Lieja, 1372) que escribió una crónica, aunque parece que fue un impostor y nunca viajó al Oriente (cfr. Oderico da Pordenone: **Relación de Viaje**, Introducción y notas de Nilda Guglielmi, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1987; **The Travels of Sir John Mandeville**, Penguin, Londres, 1983).

Uno de los franciscanos que orientaron su atención, gracias a la obra de Llull, hacia la fe y el pensamiento del Islam, fue el célebre **Fray Anselmo Turmeda** (1352-1432). Nacido como su maestro en la isla de Mallorca, se hizo musulmán con el nombre de Abdallah al-Taryumān ("El traductor") y fijó su residencia en Túnez. Hacia 1420 escribió un libro apologético del Islam que fue traducido al castellano del árabe por Mikel de Epalza, con el título **Fray Anselm Turmeda ('Abdallah al-Taryumān) y su polémica islamo-cristiana**, Hiperión, Madrid, 1994. «*Hacia 1432 murió entre los musulmanes con fama de virtuoso. Siendo sepultado honoríficamente, y conservando todavía hoy su sepulcro un prestigio de santidad que le hace meta de visitas y peregrinaciones*» (cfr. Cristóbal Cuevas: **El pensamiento del Islam. Contenido e Historia. Influencia en la Mística española**, Istmo, Madrid, 1972).

Otro franciscano lullista fue Fray Raimundo de Sabunde (m. 1436), que estudió las obras de Averroes e Ibn al-'Arabi.

### *Peregrinos de Occidente: desde Jacobo de Ancona a Ludovico Vertomano*

La aventura, el espionaje, la curiosidad, la búsqueda del conocimiento, la redención y la piedad fueron motores de numerosos europeos medievales y renacentistas para incursionar en el Oriente, cercano, medio y lejano.

Uno de ellos fue el hasta ahora desconocido Jacobo Ben Salomón de Ancona (1221-1281?), un mercader judío italiano que realizó entre 1270 y 1273 un gigantesco itinerario desde su nativa Ancona (Italia), pasando por Ragusa (Dubrovnik), Creta, Rodas, Damasco, Bagdad, Basora, Cormosa (Ormuz, hoy Bandar Abbás, Irán), Cambay (Gujarat, India), Ceilán (Sri Lanka), Singapur, hasta la impensable Zaitún (hoy Chuan-chow o Quangzhou, más conocida como Cantón), el puerto más importante del Lejano Oriente en poder del mongol Kublai Jan (1215-1294), un soberano budista muy tolerante con todas las creencias y mecenas de la literatura y las artes. Jacobo hizo su trayecto de regreso volviendo sobre sus pasos hasta el Océano Indico pero desviándose luego hacia el suroeste, cruzando por Adén, el Mar Rojo, El Cairo, Alejandría hasta su Italia natal. Su epopeya es anterior a los viajes de Marco Polo (1271-1295), Oderico da Pordenone (1265-1331) y de Ibn Battuta (1325-1349), quienes también llegaron hasta la lejana Zaitún (en árabe significa olivo), llamada «La ciudad de la luz»: «*La rada de Zaitún es una de las mayores del mundo o – mejor dicho – la mayor. Allá vi cien enormes juncos, aparte de incontables embarcaciones menores. Es una inmensa bahía que penetra en tierra hasta confundirse con el gran río (Sikiang, «río del oeste», 2.100 km). En este lugar, como en toda China, cada habitante dispone de un huerto en cuya mitad tiene la casa, lo mismo que, entre nosotros, sucede en Siwilmasa. Por eso sus ciudades son tan extensas. Los musulmanes habitan en una ciudad separada*» (Ibn Battuta: Op. cit., pp. 725-726). La historia de Jacobo de Ancona fue descubierta e investigada por el erudito judío británico David Selbourne y nos permite acceder a detalles poco conocidos del mundo islámico del siglo XIII (cfr. David Selbourne: **The City of Light. Jacob d'Ancona**, Little, Brown and Company, Londres, 1997).

En agosto de 1384 trece florentinos emprendieron el camino a Tierra Santa. Uno de ellos fue Simone Sigoli que nos brinda este testimonio de Damasco: «*Ahora bien, pensad qué noble cosa debe ser ver todo esto; algo que la lengua no podría describir ni pensar el corazón*». Su compañero Leonardo Frescobaldi al hablar del mar de Galilea subraya que no tiene agua salada, sino «*dulce, fina y buena para tomar, casi como la de los lagos de Italia*». Sobre Damasco agrega: «*Allí se encuentran, entre otras flores, violetas y rosas más odoríferas que las nuestras*». Al hablar de la ciudad palestina de Gaza dice que es «*muy industrial, allí se realizan las más finas piezas de vidrio*» (cfr. **Visit to the Holy Places of Egypt, Sinai, Palestine and Syria in 1384, by Frescobaldi, Gucci and Sigoli**. Traducida del italiano por Theopilus Bellorini y Eugene Hoade, Franciscan Press, Jerusalem, 1948; Nilda Guglielmi: **Guía para viajeros medievales. Oriente. Siglos XIII-XV**, Programa de Investigaciones Medievales. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Buenos Aires, 1994, pp. 70 y 103).

Niccoló dei Conti (1379-1469), por su parte, salió de Venecia en 1414 y visitó

Damasco, Bagdad, Cambay, el Decán, Coromandel, Ceilán, Sumatra, Java, hasta Ava (sobre el río Irrawaddy, a 10 km al suroeste de Mandalay, capital hasta 1783, hoy en ruinas) en Birmania, retornando por el valle del Ganges, Adén, Yidda (Arabia) y El Cairo, llegando a Venecia en 1444. Durante su viaje de casi treinta años en Oriente logró conocer profundamente la cultura y la fe islámica y se hizo musulmán. Como pena de haber renunciado al cristianismo, fue obligado por el Pontífice Eugenio IV (1383-1447) a relatar al secretario papal, el humanista Gian Francesco Poggio Bracciolini (1380-1459), los sucesos de su derrotero, los cuales se publicaron en 1723 con el título *Historiae de varietate fortunae* (cfr. Girolamo Adorno y Girolamo da Santo Stefano: **Viaggi in Persia, India e Giava di Niccolò dei Conti**, a cargo de Mario Longhena, Milán, sin fecha; Margaret Wade La Barge: **Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos**, Nerea, Madrid, 1992).

Ludovico Vertomano o Vartomanus –también Varthema o Bartema– (1470-1510?) fue un gentilhombre oriundo de la ciudad de Roma y el primer cristiano que visitó La Meca y Medina. En 1503 salió de Venecia a Alejandría, pasando por Trípoli, Antioquía, Damasco (8 de abril). Vertomano en su relación de viaje calcula que la caravana de peregrinos damascenos estaba integrada por cuarenta mil almas y treinta y cinco mil camellos con una escolta de tres compañías de guerreros mamelucos que tuvieron que estar combatiendo durante todo el camino hacia las dos Ciudades Santas contra los beduinos del desierto hiyazi, abatiendo a numerosos enemigos, y sufriendo leves bajas. «*Si alguno preguntara – dice el autor – cuál fuese la causa de hacer este viaje, ciertamente no podré darle mejor razón que el ardiente deseo de conocer, que a tantos otros movió a ver el mundo y los milagros de Dios que lo conforman*» (**Navigation & Voyages of Lewes Werthomanus to the regions of Arabia, Persia, Egypt, Syria, Ethiopia, and East India, both within and without the River of Ganges, containing many notable and strange things both Historical and Natural**. Traducida por Richard Eden, Londres, 1576). Esta declaración, sin embargo, es una de sus tantas imposturas, pues Vertomano era un mercenario al servicio del colonialismo portugués como veremos. Luego de fingir realizar las ceremonias de la peregrinación (*al-hayy*) en Medina y La Meca, escapó hacia el puerto de Yidda sobre el Mar Rojo y embarcó hacia Irán. Tras sufrir distintas peripecias en Yemen y Adén llegó al Golfo Pérsico donde es evidente que hizo un relevamiento de las defensas del puerto iraní de Ormuz que sería atacado y ocupado por los portugueses en 1514 hasta que fueran desalojados por el ejército (integrado por muchos armenios) del safaví Abbás el Grande en 1622. Vertomano se dirigió entonces a la India y al archipiélago malayo donde también llevó a cabo tareas de espionaje contra los musulmanes en Sumatra, Java, Borneo, hasta las Molucas (las islas de las codiciadas especias), examinando cuidadosamente la plaza fuerte del sultanato de Malaca (en el actual Singapur), que sería capturada por Alfonso de Albuquerque (1453-1515) en 1511 y retenida hasta 1641, cuando el dominio lusitano sería reemplazado por el holandés (cuya importancia estratégica no pasó por alto a los ingleses que la ocuparon entre 1795-1965). El escritor austríaco de origen judío Stefan Zweig (1887-1942) nos narra una de las

colaboraciones de Vertomano a la corona lisboeta: «A la vuelta, disfrazado de monje mahometano, se entera en Calicut (en la actual Kerala, sobre la costa de Malabar, India), por boca de dos cristianos renegados, del planeado ataque del zamorín (príncipe) contra los portugueses. Animado de solidaridad cristiana, corre a reunirse con los lusos... Cuando el 16 de marzo de 1506 los doscientos barcos del zamorín esperan caer por sorpresa sobre los once de los portugueses, éstos ya están dispuestos para la defensa» (S. Zweig: **Magallanes. Historia del primer viaje alrededor del mundo**, Editorial Juventud, Barcelona, 1990, p. 34).

Vertomano retornaría a Europa en 1507 vía el Cabo de Buena Esperanza, ignorándose la suerte que corrió después de 1510.

Veamos cuál era la naturaleza de la conquista portuguesa de los sultanatos islámicos de la India e Indonesia a través de la óptica objetiva del historiador alemán **Georg Friederici**: «Cuando Albuquerque tomó Goa y envió a sus soldados a saquear la ciudad, dio orden – que aún tenemos y que además está explicada de su puño y letra – de cazar por toda la isla a los musulmanes: hombres, mujeres y niños, y matarlos a todos, pues era su voluntad que no quedase una sola alma musulmana con vida. La cacería humana duró cuatro días y cuatro noches, y su resultado fue la matanza de 6.000 hombres, mujeres y niños... Albuquerque dejó con vida a los hindúes. Sin embargo, hizo que fueran entregados los musulmanes refugiados entre aquéllos, y los encerró en mezquitas con todos los que, por casualidad, habían escapado a la muerte, después de lo cual ordenó quemarlos vivos... Albuquerque hizo castrar, cortarles las orejas, la nariz, la mano derecha y el pulgar de la izquierda a los renegados que había capturado al tomar Benwarmasín (asentamiento musulmán en Borneo), pero que se había comprometido a dejar con vida de acuerdo con las condiciones de capitulación. Fuera de eso, acostumbraba quemarlos vivos. Así procedían Almeida y Albuquerque, los más altos dirigentes de la conquista portuguesa en Oriente» (G. Friederici: **El carácter del descubrimiento y de la conquista de América**, 3 vols. Vol. I, *Los Portugueses*, FCE, México, 1987, pp. 71-72).

### *Embajadores y cardenales*

De los multifacéticos aspectos del mundo musulmán a comienzos del siglo XV, especialmente de los timuríes convertidos al Islam y sus ciudades rebosantes de cultura y ciencia como Samarkanda y Bujará, se hizo eco el embajador español Ruy González de Clavijo (m. 1412), enviado por Enrique III de Castilla a la corte de Tamerlán entre 1403 y 1406, en la relación escrita de su viaje (R.G. de Clavijo: **Embajada a Tamerlán**, CSIC, Madrid, 1943; R.G. de Clavijo: **Relación de la Embajada de Enrique III al Gran Tamorlán**, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1952).

En 1454, Juan de Segovia (1400-1458) trató de realizar una serie de conferencias con los *fuqahâ'* (sabios musulmanes) y hacia 1456 tradujo el Sagrado Corán por primera vez al castellano con la ayuda del alfaquí Isa ibn Yabir apellidado Gidelli: «en una página estaba escrito el texto árabe por mano del alfaquí; en la otra – paralela –, la traducción castellana, “littera grossa et formata”, por un atildado calígrafo; en los espacios interlineales se escribió, con letra roja, la

versión latina. El manuscrito constataba de 33 cuadernos de 6 hojas cada uno, sumando un total de 198 folios» (cfr. Darío Cabanelas Rodríguez: 'Juan de Segovia y el primer Alcorán trilingüe', revista *Al-Andalus*, N° 14, Madrid, 1949, pp. 149-173; véase también Darío Cabanelas Rodríguez: **Juan de Segovia y el problema islámico**, Ed. Universidad de Granada, Granada, 1998).

En 1461, el cardenal de origen alemán Nicolás de Cusa (1401-1464) escribió una presentación del Corán desde un punto de vista muy avanzado para su tiempo (ya en 1454, el cardenal había enviado tres ejemplares del Corán a Juan de Segovia en su retiro del priorato de Aitón).

El Cusano también redactó *De pace fidei* (**Sobre la paz de la fe**, traducción y notas por Lucio Adrián Burucúa, con un estudio introductorio por Lucio Adrián y José Emilio Burucúa, Editorial Cálamo, Buenos Aires, 2000), donde analiza y compara las creencias de los musulmanes sunníes y shiíes con la de los cristianos.

Entre 1586 y 1610, el cardenal Fernando de Médicis (1549-1609) hizo imprimir por primera vez en árabe una serie de obras de importantes autores musulmanes, como Avicena y al-Idrisi, ya disponibles en latín.

En 1543, en Estambul, el embajador de Francisco I, el erudito francés Guillaume Postel (1510-1581), adquirió allí diversos manuscritos islámicos y a su regreso redactó la primera gramática del árabe clásico y creó la primera cátedra de árabe en París en 1549. Postel aprendió a leer y a escribir el árabe, el hebreo, el etíope, el armenio y el georgiano, y se convirtió en un estudioso de cuestiones místicas y esotéricas (cfr. Guillaume Postel: **Las claves de las cosas ocultas**, Indigo, Barcelona, 1997). Postel habla de los turcos, de "*su humanidad, justicia y fidelidad*". El mismo Postel, alaba la celeridad, la honestidad y la ecuanimidad de la justicia de los turcos otomanos, que compara con la "inmoralidad" y la "corrupción" de los tribunales franceses. Postel llega a definir al Imperio Otomano en su obra como «la República de los Turcos», por la libertad y democracia que allí imperaban a mediados del siglo XVI: habla de "*su humanidad, justicia y fidelidad*".

El mismo Postel, alaba la celeridad, la honestidad y la ecuanimidad de la justicia de los turcos otomanos, que compara con la "inmoralidad" y la "corrupción" de los tribunales franceses. Hablando de la ventana por la cual el sultán puede asistir a los procesos ante el Diván del Topkapi, el erudito francés escribe: «... ¡Oh!, ¡que no me atreva a decir lo que pienso!, que plugiera a Dios que un ángel tutelar hiciera lo mismo con el Rey Muy Cristiano, oír y ver a todos los jueces soberanos y dilatadores de procesos; no veríamos a doscientos o trescientos hombres emplear sus sentidos en estafar al mundo riendo, y encontrar mil maneras de convertir a las leyes en una obra de Aracne» (G. Postel: **De la République des Turcs**, Poitiers, 1560, III, p. 12).

Y el marsellés Vicent Le Blanc, que visitó Estambul en 1579, durante el reinado de Murat III, se asombra en su libro de viajes de que «*el cristiano y el judío, tanto como el turco, sean indistintamente escuchados por el menor motivo de queja, sin que haga falta la elocuencia de un abogado para defender la verdad..., siendo la administración de la justicia menos interesada y también más sincera que la nuestra*»(V. Le Blanc:

**Voyages**, París, 1649, III, p. 4).

A partir de esta época, los estudios sobre el Islam se extendieron por toda Europa. En Italia, encontraremos a Andrea Alpago (m. 1520) dedicado, enteramente, a nuevas traducciones de Avicena, Averroes y otros pensadores musulmanes.

### *Miguel Servet*

El médico y teólogo español Miguel Servet (1511-1553) fue un estudioso de los místicos del Islam y de pensadores judíos como el granadino Moshé Ibn Ezra y el cordobés Maimónides.

Ejerció la medicina en Francia, en Charlieu, Lyon y Vienne y logró observar la circulación de la sangre gracias a sus estudios del tratado de Ibn Nafís (ver aparte). Conoció personalmente al intolerante teólogo francés Jean Calvino (1509-1564), con quien discutió sobre religión y se enemistó profundamente. En su tratado de teología *Christianismo restituito* (1553). Servet niega la doctrina trinitaria argumentando que para él la Santísima Trinidad no es más que tres modos distintos de la manifestación del Ser Absoluto.

*«El unitarismo antitrinitario de Servet, aparte de las razones antes expuestas, vuelve a coincidir con el pensamiento musulmán...»*

*«La fama de islamizante de Miguel Servet hubo de hallarse muy extendida en su tiempo, como se deduce del hecho de que en el juicio que se le siguió en Ginebra, concretamente en la sesión del 23 de agosto de 1553, el procurador general le preguntara entre otras cosas: «¿Por qué había leído el Corán?» (Cristóbal Cuevas: **El pensamiento del Islam**, Istmo, Madrid, 1972, pp. 306-307)*

A causa de este libro, Calvino, enfurecido por la falta de argumentos para refutarlo, denunció a Servet al gran inquisidor de Lyon. Y aunque Servet logró escapar durante un tiempo, fue reconocido en Ginebra donde Calvino lo hizo detener bajo la acusación de heresiarca. Servet fue llevado ante un tribunal que más tenía que ver con una farsa que con la justicia. Así, en poco tiempo fue condenado a morir quemado vivo, sentencia que se llevó a cabo en Champel, cerca de Ginebra.

### *La Ilustración fascinada*

Con la multiplicación de los intercambios diplomáticos entre la corte de Luis XIV (1638-1715), «le Roi-Soleil», y los soberanos mogoles, persas y turcos, el Islam se presentó como un universo encantado y misterioso para la imaginación europea. Fue la época en que comenzaron las costumbres, la moda y la música «a la turca». El dramaturgo y actor francés Jean Baptiste Poquelin, llamado Molière (1622-1673) —inspirado en las características de dos embajadas otomanas llegadas a París en 1640 y 1669—, se complacerá en poner en escena a «El burgués gentilhomme» (1670), fascinado por el «Gran Mamouchí», a quien intentará imitarle el vestuario. (cfr. C.D. Rouillard: **The Turk in French History, Thought and Literature, 1520-1660**, París, 1941).

En cuanto esto, Charles-Louis de Secondat, barón de La Brède y de Montesquieu (1689-1755), autor de las «Cartas persas» (1721), se preguntará, no sin cierta ironía: «¿cómo podemos ser persas?». Este renombrado filósofo francés quedó gratamente sorprendido por la personalidad y las actividades del embajador iraní Muhammad Reza Beg, enviado a París en 1714 por el shah safaví Husain (gob. 1694-1722), fenómeno analizado por M. Herbette: **Une Ambassade Persane sous Louis XIV**, París, 1907. En su obra, Montesquieu describe el viaje imaginario de dos persas (Usbek y Rica) a París en los últimos tiempos del reinado de Luis XIV. Estos supuestos viajeros exponen a sus amigos de Persia, en estilo epistolar, comentarios sobre las costumbres, leyes e instituciones francesas. Con curiosidad y sin prejuicios, los dos persas observan ingenuamente los salones, los cafés, los teatros, la corte, la iglesia..., lo que da pie al autor para realizar una inteligente sátira, una audaz e ingeniosa crítica, de su país y de sus conciudadanos (cfr. Montesquieu: **Cartas persas**, Alba, Madrid, 1997).

En Holanda –donde Leiden llegó a ser y es el principal centro de estudios islámicos y orientales (la editorial E. J. Brill de Leiden, fundada en 1683, con sedes en Köln y Nueva York, dispone hoy día de la bibliografía islámica más completa e importante del mundo occidental)–, Thomas van Erpe, llamado Erpenius (1584-1624) tuvo acceso a importantes fuentes en árabe y en turco sobre la historia de los comienzos del Islam. Y su discípulo, Jacob Golius (1596-1667), redactó un diccionario latín-árabe que fue insuperable durante dos siglos.

El conocimiento del mundo otomano y de Irán fue ampliado también en el siglo XVII por obra de algunos viajeros como Pietro Della Valle (1586-1652), llamado Oleanus, que llevó a cabo las primeras traducciones persas al alemán.

El estudio científico del Islam, de sus lenguas y literaturas, se incorporó a la universidad, por lo general dentro del marco de los estudios semíticos y bíblicos. En Inglaterra, William Bedwell (1561-1632) fue «el padre de los estudios árabes e islámicos», y además uno de los traductores de la Biblia del rey Jacobo I (1566-1625).

La primera cátedra de árabe fue fundada por Sir Thomas Adams en la Universidad de Cambridge en 1633. Edward Pococke (1604-1691) inauguró la cátedra de estudios árabes en Oxford. Su discípulo, Simon Ockley (1678-1720), en 1708 exaltó al Oriente musulmán por encima de Occidente.

En Francia, la época de las Luces auspició un estudio más objetivo de la civilización islámica. Publicada en 1697, la *Bibliothèque orientale* del sabio francés Barthélemy d'Herbelot (1625-1695) constituyó la primera enciclopedia de historia y cultura musulmanas redactada a partir de fuentes árabes, turcas y persas.

Iniciada en 1704, la edición de “Las mil y una noches” (*Alf laila ua laila*), traducidas al francés por Antoine Galland (1646-1715), despertó una vasta y un tanto excesiva y deformada fascinación por el Oriente, en particular el mundo árabe-islámico; la obra no tardó en ser traducida a las restantes lenguas europeas. También en el siglo XVIII el abogado inglés George Sale (1697-1736) publica en 1734 una notable traducción del Corán con excelentes notas y documentos.

Es muy original la historia del noble y militar francés Claude-Alexandre, Conde de Bonneval (1675-1747). Entre 1691 y 1704 revistó en el ejército francés, siendo ascendido a coronel de artillería (1701). Luego de ser juzgado injustamente en una corte marcial, por una supuesta ofensa contra la favorita del rey Luis XIV, Françoise d'Aubigné, Madame de Maintenon (1635-1719), abandonó Francia y hacia 1729 llega a Estambul y se convierte al Islam con el nombre de Ahmad. Entra a servir en el ejército otomano con la jerarquía de pashá y el rango de comandante de artillería. Se destacó en la guerra contra Rusia (1737-1739) y Persia (1743-1746).

### *Pintores y músicos*

El neerlandés Rembrandt (1606-1669) fue el primer pintor occidental que se interesó por el arte islámico lo suficientemente como para hacer copias de algunas miniaturas que llegaron a Holanda procedentes de la corte mogola (retratos de Akbar y su hijo vahanguir), que hoy se pueden ver en el Museo Boymans Van Beunigen de Rotterdam.

Otros pintores como el alemán Albrecht Dürer o Alberto Durero (1471-1528) y el francés Jean-Antoine Watteau (1684-1721) tendrán influencias del arte islámico y las reflejarán en sus obras.

Igualmente, músicos eximios como Jean Baptiste Lully (1632-1687), Henry Purcell (1650-1695), François Couperin «Le Grand» (1668-1733), Christoph Willibald Gluck (1714-1787), Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791), Michael Haydn (1737-1806) y Ludwig van Beethoven (1770-1827), harán música «alla turca», a partir de los parámetros de la música otomana y de las cadencias de las bandas militares de los jenízaros. Más tarde, compositores como los italianos Cherubini (1760-1842) y Rossini (1792-1868), los franceses Bizet (1838-1875), Delibes (1836-1891), Chabrier (1841-1894), Massenet (1842-1912) y Ravel (1875-1937), los rusos Borodin (1833-1887), Rimski-Korsakov (1844-1908), e Ippolitov-Ivanov (1859-1935), los españoles Isaac Albéniz (1860-1909), Enrique Granados (1867-1916) y Manuel de Falla (1876-1946), el húngaro Bela Bartok (1881-1945), el inglés Albert William Kételbey (1875-1959) –autor de «En un Mercado Persa»–, el cubano Ernesto Lecuona (1897-1963), el mexicano Agustín Lara (1900-1970), y el armenio Aram Ilich Khachaturian (1903-1978), trasuntaron en sus obras fuertes influjos musicales del mundo musulmán.

Giuseppe Donizetti, un hermano del compositor Gaetano Donizetti (1797-1848), fue enviado a Estambul en 1827 por un acuerdo entre las autoridades otomanas y sardas para que un músico europeo se hiciera cargo de la enseñanza musical de un grupo de instrumentistas turcos. Donizetti en poco tiempo fue designado como encargado de la escuela imperial otomana de música y creó un nuevo estilo en las bandas militares otomanas incorporando tambores y trompetas. Por sus méritos el lombardo logró el título de miralay y más tarde de pashá. Donizetti organizó una orquesta para tocar frente al sultán Mahmud II (1785-1839). En un libro publicado en 1832, un viajero inglés da su impresión sobre este conjunto: «... fue un inesperado obsequio para mí, en los bancos del Bósforo, escuchar la

*música de Rossini, ejecutada honrosamente por el profesor, Signore Donizetti. Al llegar al embarcadero de palacio, encontramos a la banda que estaba tocando. Me sorprendió cuán jóvenes eran los instrumentistas, y más aún que fueran todos ellos miembros de la corte, educados para entretener al sultán. Su capacidad de aprendizaje, la cual Donizetti me informó que hubiera sido excepcional incluso en Italia, demuestra que los turcos son músicos por naturaleza» (A. Slade: **Records of Travel in Turkey, Greece...**, Londres, 1832, pp. 135-36).*

Del libro CIVILIZACION DEL ISLAM  
Edición Elhame Shargh  
Fundación Cultural Oriente

Todos derechos reservados.  
Se permite copiar citando la referencia.  
[www.islamorientes.com](http://www.islamorientes.com)  
Fundación Cultural Oriente